

*Retorno a la historia*

Más allá de las denuncias —justas— respecto a la subordinación internacional a que están sometidos los países en desarrollo surge la pregunta: ¿es posible visualizar cambios de cierta envergadura en cuanto a su papel al interior del sistema económico mundial? O, por el contrario, ¿están, mal que les pese, condenados a ser espectadores pasivos de transformaciones que forzosamente les son extrañas?

Para responder los interrogantes anteriores una vuelta a la historia se impone. Los historiadores nos han enseñado que la comprensión del pasado contribuye a esclarecer el presente y, tal vez, el futuro. La lentitud propia de las grandes mutaciones que experimentan las relaciones económicas internacionales, con frecuencia conduce a menospreciar la dinámica, a sólo ver en ella simples retoques de las tendencias de fondo las que, cuando se producen, acaban por considerarse inmutables.

Felizmente la historia no es sólo una permanente adaptación de la forma a un contenido condenado a reproducirse. Si, como afirma Braudel (1979), *más de la mitad del presente es presa de un pasado que se obstina en sobrevivir*, es importante reconocer que las innovaciones también ocupan un lugar, a veces modesto aunque en ocasiones más significativo, en la producción de la historia.

La oposición entre ricos y pobres, entre quienes tienen y quienes no tienen, es en realidad bastante antigua. Sin embargo, de lo anterior no se desprende que la *dialéctica de la dependencia*

\*Documento presentado en el Taller de Economía Internacional de CIEPLAN. Corresponde, con ligeras modificaciones, al capítulo V de nuestro libro *Le Tiers Monde dans la crise*, Editions La Déconverte, Paris (diciembre 1985). Una versión en español será publicada por el Grupo Editor Latinoamericano para el Programa RIAL en Buenos Aires.

(Marini, 1973), sea como creen algunos, una ley de hierro que sería inútil tratar de eludir. En forma, tal vez, demasiado tímida pero no por ello menos evidente, la evolución de las relaciones Norte-Sur durante los últimos 20 años así lo demuestra.

En consecuencia, para avanzar en la comprensión del presente es preciso retornar a la historia del tiempo pasado. La primera parte de este texto se consagra a ello. A partir de un panorama general sobre los cambios ocurridos durante la crisis a nivel de las relaciones entre el Norte y el Sur, la segunda parte tratará de presentar las líneas de fuerza del proceso que desemboca en el estallido de la antigua periferia. Sobre esta base, finalmente, la tercera parte se dedicará a un análisis encaminado a subrayar las dificultades que enfrentan las teorías actuales para justificar esta evolución.

#### I. DE LA EXCLUSIÓN RELATIVA A LA INTEGRACIÓN SELECTIVA.

En realidad, se mide mal la importancia de las modificaciones recientes en la inserción internacional de los países en desarrollo, si no se hace referencia a las tendencias predominantes en el período que se inicia a fines de la Segunda Guerra y que se prolonga hasta principios de la crisis, en la segunda mitad de los años sesenta. Más allá de las disparidades que caracterizan la evolución de los diferentes flujos Norte-Sur (comerciales, de inversiones, tecnológicos, financieros), se aprecia un cambio considerable en comparación con la lógica de funcionamiento del antiguo sistema centro-periferia. De hecho, uno de los rasgos sobresalientes de la dinámica de la economía mundial durante los años cincuenta y sesenta, se origina en la tendencia a una *exclusión relativa del Tercer Mundo*. Desde este punto de vista, la gran novedad del período que comienza con el desencadenamiento de la crisis radica en la *reversión* de este proceso. Es decir, que la tendencia anterior a la exclusión será reemplazada en forma progresiva por la integración creciente de ciertos países en desarrollo al sistema de la economía mundial.

##### 1. *La economía mundial entre la guerra y la crisis: El autocentraje del Norte.*

Con el establecimiento del *fordismo*<sup>1</sup> en los países centrales, se inaugura un período excepcional de la historia económica.

<sup>1</sup>Ver capítulo I, sección 2.

La capacidad del capitalismo avanzado *para* desarrollar y *desarrollarse* en base al *consumo de masas*, transforma de manera radical la naturaleza de sus vínculos tradicionales con el exterior. El problema de los mercados, pesadilla constante del capitalismo, se resolverá por primera vez sobre una base principalmente endógena. De ahora en adelante la existencia de un sector precapitalista que asegura la realización social de las mercancías ya no será, como lo creía R. Luxemburgo, condición *sine qua non* de la expansión del capital. La internalización de la demanda que permite el fordismo, convierte en algo superfluo la extensión sistemática de los espacios nacionales como premisa de una acumulación viable.

Indudablemente sería abusivo establecer una relación mecánica entre el autocentrado del Norte y la descolonización del Tercer Mundo; de hecho, la lucha llevada a cabo por los movimientos de liberación nacional es un factor de primera magnitud en el desmantelamiento de los imperios coloniales. Cabe, sin embargo, reconocer que éstos habían perdido su importancia estratégica y que sólo las potencias de segundo orden, es decir, aquellas que tenían mayores dificultades para internalizar los parámetros del fordismo, se obstinan en mantener una situación que, desde todo punto de vista, se había tornado arcaica.

Por consiguiente, las formas de funcionamiento de la economía mundial bajo la hegemonía norteamericana presentan sensibles variaciones respecto a aquéllas propias de la economía mundial bajo el dominio inglés. Contrariamente a Estados Unidos, Gran Bretaña era una potencia volcada en forma resuelta hacia el exterior. La clásica imagen de Inglaterra como el *taller del mundo* ilustra la importancia decisiva de los mercados externos en la realización de la producción británica.<sup>2</sup>

Por el contrario, una originalidad mayor del período correspondiente al dominio norteamericano se basa en el hecho de que, por primera vez, una potencia alcanza la supremacía mundial sin por ello estar volcada hacia el exterior. En realidad, el crecimiento de la economía norteamericana presenta históricamente un alto grado de autonomía que se expresa en el papel decisivo de la demanda interna en comparación con la demanda internacional, la independencia de la formación de los precios y de los ingresos internos en relación con los precios de los competidores

<sup>2</sup>Hacia 1870, las exportaciones de la Gran Bretaña alcanzaban a un monto que superaba el 20% del ingreso nacional (Hobsbawm, 1977).

y, finalmente, en la insensibilidad de la política económica frente a las variaciones de la balanza de pagos, gracias a la posición privilegiada que aún disfruta el dólar (Aglietta, 1982).

Básicamente, la afirmación de la hegemonía de Estados Unidos a escala internacional corresponde, en el plano nacional, al paso de una *regulación concurrencial* a una *regulación monopolista*. Tributaria del liberalismo, el dispositivo de la regulación concurrencial asignaba un lugar preponderante al equilibrio externo a menudo en detrimento del crecimiento interno; el surgimiento de un déficit con el extranjero invocaba automáticamente una salida de oro que reducía la masa monetaria y el nivel de la actividad interna. En sentido inverso, la regulación monopolista privilegia la búsqueda del *equilibrio interno*. El desarrollo de una *demanda construida* (Paleoloque, 1980) la relajación de la restricción monetaria hecha posible por el abandono del patrón oro, el incremento de la intervención del Estado, etc., permiten subordinar el equilibrio externo a las necesidades del ajuste interno de la producción, el empleo y los ingresos. Es así como se explican, por una parte, el surgimiento de déficits de pago que tienden a convertirse en estructurales y no sencillamente coyunturales, como era el caso en la regulación concurrencial y, por la otra, la menor sincronización entre las coyunturas de las principales economías (Kenwood y Loucheed, 1971) que autoriza la regulación monopolista.

La internalización de la demanda que acompaña a la nueva regulación debilita la polarización de la actividad productiva interna sobre los intercambios externos. El mayor autocentrage de la acumulación que de allí resulta se traduce, en la mayoría de los países capitalistas desarrollados, en un descenso constante de la participación de las exportaciones en el PIB (años cincuenta), seguido luego por una fase de estabilización (años sesenta) de la importancia relativa del exterior en la validación de la producción doméstica (OCDE, 1977).

## 2. *La inserción del Tercer Mundo en la división internacional del trabajo. El rol clave de la potencia hegemónica.*

A su vez, el autocentrage del Norte trastorna la geografía mundial de los intercambios. Correlativamente el rápido aumento del comercio y de las inversiones entre los países desarrollados, se asiste a un proceso de exclusión relativa del Tercer Mundo de la economía mundial.

En la lógica de la acumulación pre-fordista, las relaciones entre industria y agricultura constituyen el punto neurálgico del sistema; la oferta por parte del sector agrícola de bienes-salarios baratos es condición esencial de la reproducción de la expansión industrial. Sin embargo, con el desarrollo del fordismo en los países centrales, se modificará considerablemente la norma de consumo de los asalariados en beneficio de los productos manufacturados. En lo sucesivo, la coherencia de la acumulación dependerá, en primer lugar, del tipo de articulación entre las diversas ramas de la industria.

A los cambios en el perfil de la demanda se agrega, por otra parte, la contracción relativa del consumo de materias primas minerales, posibilitada por la innovación tecnológica (desarrollo de productos sintéticos, modificación de los coeficientes técnicos, reciclaje de desechos, etc.). Lo anterior da como resultado, en el plano del comercio internacional, una caída sensible de los productos primarios.<sup>3</sup>

El predominio que alcanzan los intercambios de bienes manufacturados traduce el paso de una división internacional del trabajo esencialmente vertical a una cada vez más horizontal. En esta forma, a los tradicionales intercambios inter-sectoriales (materias primas contra productos industriales) se suceden los intercambios intra-rama en el seno de la industria, los que se convierten en los elementos dinamizantes del comercio internacional.

Dada la debilidad de su industrialización el Tercer Mundo no podía sino ser progresivamente excluido del nuevo esquema de división internacional del trabajo. Como se ilustra en el Cuadro 1, entre 1950 y 1970 su contribución a las exportaciones mundiales, cae en forma regular, pasando del 31 a menos del 18 por ciento. El contrasté, en comparación con el período anterior caracterizado por un alza regular de la participación del Tercer Mundo en los intercambios internacionales, no puede ser más claro.

Es preciso, además, destacar que la marginación del Tercer Mundo del comercio mundial constituye un fenómeno común a la mayoría de las regiones que lo constituyen. Así, entre 1948 y 1970, la participación de América Latina en las exportaciones

<sup>3</sup>Así, por ejemplo, entre 1937 y 1960, la participación de los productos alimentarios en las exportaciones mundiales desciende del 23 al 18 por ciento y la de materias primas del 40 al 29 por ciento. Por el contrario, la participación de los productos manufacturados aumenta del 37 al 53 por ciento.

mundiales desciende de 11.3 a 5.5 por ciento; la de Asia de 9 a 4.6 por ciento; y la de Africa de 3.9 a 2.9 por ciento. Sólo el Medio Oriente logra incrementar levemente su participación, que aumenta de 3.6 a 4.6 por ciento del total mundial.<sup>4</sup>

Cuadro 1

EXCLUSION RELATIVA DEL TERCER MUNDO DE LOS INTERCAMBIOS  
COMERCIALES DURANTE EL PERIODO DE DOMINACION  
NORTEAMERICANA

(Exportaciones e Importaciones del Tercer Mundo)

	Importaciones	Exportaciones (FOB)		SalDOS	
	Millones de US\$	Millones de US\$	Porcentaje so- bre X mun- diales	Millones de US\$	% sobre M
1900	1,600	1,600	16.0	—	—
1913	3,500	3,800	19.0	+ 300	+ 9
1928	6,500	7,600	23.0	+ 1,100	+ 17
1938	5,800	5,900	25.0	+ 100	+ 2
1948	18,600	17,100	29.7	- 1,500	- 8
1950	17,500	18,900	31.0	+ 1,400	+ 8
1953	21,500	21,100	25.5	- 400	- 2
1958	27,800	24,800	22.9	- 3,000	- 11
1960	30,200	27,300	21.3	- 2,900	- 10
1963	32,900	31,500	20.4	- 1,400	- 4
1965	38,000	36,400	19.5	- 1,400	- 4
1968	46,000	44,100	18.4	- 2,200	- 5
1970	57,600	55,600	17.8	- 2,000	- 4

Fuente: Bairoch (1975).

<sup>4</sup>Cálculos del autor en base a datos recopilados por Bairoch (1975), Cuadros 29 y 30.

Ostensiblemente el centro de gravedad del comercio internacional se desplaza hacia el *macro-mercado trilateral* (Ferrer, 1980), constituido por Estados Unidos, Europa y Japón. Desde aproximadamente un tercio en 1950, los intercambios entre países desarrollados llegan a representar más de la mitad de las exportaciones mundiales en 1970 (Cuadro 2). El nivel alcanzado por la integración comercial del Norte contrasta, una vez más, con la desintegración que experimenta el Sur; el aumento constante del peso de los intercambios entre los países desarrollados va a la par con el descenso acelerado de los intercambios entre los países en desarrollo. La exclusión del Tercer Mundo del comercio mundial opera pues a través de dos vías diferentes: a través de la pérdida de dinamismo de los intercambios en el sentido Sur-Norte, por una parte, y mediante el cortocircuito de los intercambios Sur-Sur por la otra.

De lo anterior se desprende una conclusión fundamental. En efecto, de este análisis se deduce que cada sistema de hegemonía da lugar a una modalidad específica de articulación del Tercer Mundo con la potencia dominante.

Durante el período de la hegemonía inglesa, las zonas en desarrollo (que posteriormente se denominaran Tercer Mundo) desempeñan un papel muy activo como proveedores de materias primas y como mercados para la industria inglesa. A estas funciones se agregaba, además, la de absorción de la fuerza laboral obligada a emigrar debido al gran incremento del ejército industrial de reserva en las economías europeas. Ahora bien, si la hegemonía comercial y financiera de Gran Bretaña se proyectaba sobre el mundo en su conjunto, en el plano industrial esta era mucho más incompleta. En este terreno, la supremacía indiscutible respecto a las zonas en desarrollo coexistía con una situación de competencia virtual o real frente a Estados Unidos y a los demás países europeos, empeñados también en procesos de industrialización acelerada. Así, mientras sólo el Extremo Oriente (India, China y Japón) representaba en vísperas de la Primera Guerra Mundial, más de la mitad del mercado inglés de productos manufacturados (Guillaume y Delfaud, 1976), en general la penetración británica en los mercados de los otros países desarrollados era débil. Ello producía una configuración particular de los intercambios internacionales: en tanto el comercio exterior de Inglaterra con las zonas en desarrollo registraba un excedente, éste acusaba a su vez un déficit constante con la Europa industrializada (Grebine, 1980).

## Cuadro 2

EVOLUCION DE LAS EXPORTACIONES POR GRANDES ZONAS: VIRAJE  
DE LA TENDENCIA DURANTE EL DECENIO DE LOS SETENTA

(Millones de dólares FOB y % de las exportaciones mundiales)

Origen	Destino	Países desarrollados		Países en desarrollo	
		Valor	%	Valor	%
PAISES	1950	19.48	34.3	13.68	24.1
	1960	57.41	42.4	21.05	16.4
DESARRO- LLADOS:	1970	160.45	51.4	40.31	12.9
	1980	838.02	42.1	283.10	14.2
PAISES EN	1950	16.46	28.9	7.24	12.7
	1960	19.25	15.0	6.26	4.9
DESARRO- LLO:	1970	40.00	12.8	10.95	3.5
	1980	384.52	19.3	135.20	6.8

*Fuente:* Gatt (1955, 1983).

Es fácil percibir la precariedad de la posición inglesa. Aunque ésta le permitía obtener amplios beneficios de la dominación que ejercía en las regiones en desarrollo, las ventajas que lograba mediante la explotación de esta situación finalmente se vuelven en su contra. La falta de estímulo a la modernización industrial que ella ocasionaba, hizo que el aparato productivo se transformara en algo cada vez más obsoleto, creando así las condiciones de la decadencia británica (Hobsbawn, 1977).

La lógica de la economía mundial bajo hegemonía norteamericana asigna al Tercer Mundo un papel internacional mucho más pasivo. Su articulación con la nueva potencia dominante experimentó una sensible relajación bajo el efecto de la disminución de las complementariedades respectivas. Esto se debe a la preponderancia de la lógica de la división intra-ramas del trabajo y al papel clave de Estados Unidos en la producción de alimentos y de

materias primas. De allí la marginalización de los países en desarrollo respecto de los principales flujos comerciales y su posición estructuralmente deficitaria en los intercambios internacionales<sup>5</sup> (Cuadro 1).

Este vuelco de la historia pone en evidencia la variabilidad, según los períodos del lugar que ocupa el Tercer Mundo en el seno de la economía mundial. El permite, además, medir la importancia aunque también los límites del acceso creciente de los países en desarrollo al mercado mundial.

En efecto, una novedad importante del período contemporáneo radica en la reversión de la tendencia a la exclusión propia de los años cincuenta y sesenta. Que se trate de los intercambios Sur-Norte o Sur-Sur, se constata un incremento significativo de su contribución a las exportaciones mundiales (Cuadro 2). Resultado de los shocks que experimenta el mercado energético, como asimismo de los avances en la industrialización de ciertos países en desarrollo, esta progresión no debe sobrestimarse; la participación del Tercer Mundo en las exportaciones mundiales continúa, a principios de los años ochenta, muy por debajo de su nivel de hace 30 años.

### 3. *La multinacional evasiva*

La evolución en un largo período de las inversiones directas hacia el Tercer Mundo, releva de una lógica semejante a la que acabamos de describir. Al igual que en el caso de los intercambios comerciales, el lugar que ocupa el Tercer Mundo en el flujo de las importaciones directas presenta variaciones sensibles según la naturaleza de la potencia hegemónica.

Con más de la mitad de las inversiones directas del mundo, Gran Bretaña mostraba en vísperas de la Primera Guerra Mundial una supremacía indiscutible en el movimiento internacional de capitales. Aunque amenazada por la actividad cada vez mayor de los inversionistas norteamericanos, la supremacía inglesa se mantiene hasta fines de los años treinta.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Durante el período del dominio inglés, el déficit comercial del Tercer Mundo con Gran Bretaña se compensaba mediante un superávit con el resto del mundo y de ello resulta la tendencia a una posición excedentaria. (Cuadro 1).

<sup>6</sup> En 1938, el Reino Unido aun disponía del 40 por ciento del stock de inversiones directas en el mundo, mientras que Estados Unidos sólo poseía el 28 por ciento (Dunning, 1982).

Una característica destacada de las inversiones directas durante el período del predominio británico, se deriva del lugar decisivo que ocupan las regiones en desarrollo en la colocación de capitales extranjeros. En esta forma, justo antes de la Segunda Guerra Mundial, su peso en las inversiones directas totales sigue siendo aplastante (Cuadro 3). Y si el hecho colonial desempeña sin duda un papel nada despreciable en la orientación del flujo de las inversiones, es preciso subrayar que ellas se dirigen principalmente hacia los países de América Latina.<sup>7</sup>

La importancia de las zonas en desarrollo en el destino de las inversiones directas durante este período resulta del impacto decisivo de las restricciones en el abastecimiento de productos agrícolas y de materias primas que pesa sobre la acumulación en los países centrales. De allí se depende la concentración de inversiones directas en las actividades vinculadas a la explotación de productos básicos (plantaciones, yacimientos mineros, etc.), las cuales captan más de la mitad del total (55 por ciento). Por el contrario, el lugar de la industria sigue siendo relativamente marginal; sólo el 15 por ciento de las inversiones totales se destina a las actividades de transformación, según las estimaciones de Dunning.<sup>8</sup>

Obligada a liquidar más de un tercio de sus activos externos para apoyar el esfuerzo militar (Kenwood y Loughheed, 1971), Gran Bretaña se encuentra al término de la Segunda Guerra Mundial en una posición de manifiesta debilidad en comparación con Estados Unidos, cuya participación en el stock mundial de inversiones directas seguirá aumentando hasta fines de los años sesenta.

La consolidación de la hegemonía norteamericana sobre la economía mundial comporta así una modificación sustancial en la estructura de la inversión internacional. Al insertarse, de ahí en adelante, en la lógica de la acumulación intensiva y de la división intra-ramas del trabajo, se asiste a una reorientación masiva de las inversiones directas hacia los países desarrollados; su participación en los flujos mundiales que era inferior al 35 por ciento en 1938, se duplica en los decenios siguientes (Cuadro 3). En términos relativos, el Tercer Mundo experimenta un creciente abandono de parte de los inversionistas internacionales y su participación desciende del 66 al 32 por ciento. El atractivo que

<sup>7</sup> Cuya independencia se remonta hasta principios del siglo XIX.

<sup>8</sup> El resto se reparte entre los ferrocarriles (20%) y el comercio y la distribución (10%).

Cuadro 3

## DESTINO DE LOS FLUJOS DE INVERSION DIRECTA

	1914		1938		1960		1971		1978	
	Millones de US\$		Millones de US\$		Millones de US\$		Millones de US\$		Millones de US\$	
	%	%	%	%	%	%	%	%	%	%
PAISES DESARROLLADOS	5 235	37.2	8 436	34.3	36.7	67.3	103.4	65.2	251.7	69.6
América del Norte:										
Estados Unidos	1 450	10.3	1 800	7.4	7.6	13.9	13.9	8.4	42.4	11.7
Canadá	800	5.7	2 296	9.4	12.9	23.7	27.9	16.8	43.2	11.9
Europa:										
Europa Oriental	1 100	7.8	1 800	7.4	12.5	22.9	47.4	28.5	136.2	37.7
Reino Unido	200	1.4	700	2.9	5.0	9.2	13.4	8.1	32.5	9.0
Otros países europeos	1 400	9.9	400	1.6	neg	neg	neg	neg	neg	neg
Rusia	1 000	7.1	—	—	—	—	—	—	—	—
Australia y África del Sur	450	3.2	1 950	8.0	3.6	6.6	16.7	10.0	23.9	6.6
Japón	35	0.2	100	0.4	0.1	0.2	2.5	1.5	6.0	1.7
PAISES EN DESARROLLO	8 850	62.8	15 969	65.7	17.6	32.3	51.4	30.9	100.4	27.8
América Latina	4 600	32.7	7 481	30.8	8.5	15.6	29.6	17.8	52.5	14.5
África	900	6.4	1 799	7.4	3.0	5.5	8.8	5.3	11.1	3.1
Asia	2 950	20.9	6 068	25.0	4.1	7.5	7.8	4.7	25.2	7.0
China	1 100	7.8	1 400	5.8	neg	neg	neg	neg	neg	neg
India y Ceylán	450	3.2	1 359	5.6	1.1	2.0	1.5	0.9	2.5	0.7
Europa Meridional	400	2.8	621	2.6	0.5	0.9	1.7	1.0	3.4	0.9
Capitales Internacionales										
y no-asignados	neg 1/	neg	n.d. 2/	n.d.	n.d.	n.d.	6.5	3.9	9.5	2.6
TOTAL	19 320	100.0	24 315	100.0	54.3	100.0	166.3	100.0	361.6	100.0

Fuente: Dunning (1982).  
1/ Insignificantes  
2/ No disponibles

ejerce Europa sobre las multinacionales norteamericanas, continente que reemplaza progresivamente a América Latina como lugar privilegiado de implantación constituye el principal factor de esta evolución.<sup>9</sup>

A diferencia del período bajo hegemonía inglesa, dominado por las inversiones directas en el sector primario de las regiones en desarrollo y ello, naturalmente con miras a la re-exportación, a partir de 1945 serán las inversiones en las industrias que producen para los mercados internos de los países desarrollados las que asumirán la primacía. De hecho, la debilidad de la demanda solvente en gran parte del Tercer Mundo reduce su interés en forma considerable ante los ojos de los principales inversionistas. Sólo unos pocos países en desarrollo tendrán éxito en atraer un volumen significativo de inversiones directas; entre éstos figuran en primer lugar Brasil y México. Para el resto, las multinacionales se tornan cada vez más evasivas.

La tendencia a la concentración de las inversiones directas en los países desarrollados se refuerza, además, por la *correspondencia de fase* entre inversión internacional e inversión doméstica (FCBF) que caracteriza a la economía mundial bajo hegemonía norteamericana (Aglietta, 1982). *La oposición de fase* entre inversión directa y FCBF durante el período del predominio británico (Bairoch, 1972), unida a la estrecha sincronización de las coyunturas de los países centrales, hacía atrayentes las colocaciones en las zonas en desarrollo para los capitales en busca de valorización. En el nuevo sistema el Tercer Mundo pierde su papel de válvula de seguridad, dado que la solidaridad más limitada entre las coyunturas de las economías dominantes otorga a los inversionistas internacionales una mayor libertad en lo que se refiere a la elección de los lugares de implantación.

Con la crisis y el restablecimiento de la hegemonía norteamericana, se verá afectada la simetría entre inversiones directas o inversiones internas. Como le hemos mostrado,<sup>10</sup> durante los años setenta las inversiones directas prosiguen a un ritmo acelerado mientras que en forma simultánea se constata una drástica

<sup>9</sup>Al finalizar la Segunda Guerra, América Latina recibía aún el 43 por ciento de las inversiones directas norteamericanas, mientras que Europa Occidental captaba apenas el 19 por ciento. Hacia mediados de los años setenta, América Latina sólo contaba con el 17 por ciento, en tanto Europa atraía casi el 40 por ciento.

<sup>10</sup>Ver capítulo II.

caída de la FBCF. Sin embargo, contrariamente a lo que se esperaba, no se ha producido un redespigüe masivo de las inversiones directas hacia el Tercer Mundo. La lógica de la acumulación intensiva, aun en períodos de crisis, ha seguido orientando la localización geográfica de las empresas multinacionales. En lugar de dirigirse hacia los países con salarios bajos, éstas han fortalecido el entrecruzamiento de las inversiones directas entre países desarrollados, cuya participación en los flujos totales ha experimentado un nuevo aumento en detrimento notorio de la participación de Africa y de América Latina (cuadro 3). Entre las diversas regiones del Tercer Mundo, sólo Asia ha logrado aumentar esta participación (de 4,7 en 1971 a 7 por ciento en 1978). Sin embargo, dicho incremento no alcanza a compensar el descenso en otras regiones y ello explica el deterioro de la posición del Tercer Mundo en su conjunto.

#### 4.- *Pasividad monetaria y efervescencia financiera*

Tradicionalmente, historia monetaria e historia financiera son una sola. Sin embargo, en el caso del Tercer Mundo es difícil regirse por este enunciado general. A nivel internacional, un vivo contraste opone su pasividad monetaria a la efervescencia de su historia financiera.

Los países del Tercer Mundo pueden industrializarse, producir tecnología y aun exportar capitales, actividades que hasta hace poco se creían reservadas a los países desarrollados. No obstante, existe un campo cuya entrada ha estado siempre celosamente resguardada y que constituye el coto de caza de los poderosos: el escenario monetario internacional. La exclusión *total* del Tercer Mundo de las decisiones relacionadas con la organización y el funcionamiento de este dominio constituye, en realidad, una de las pocas constantes de su evolución. Cuando existe —y este no es siempre el caso— la moneda de los países en desarrollo se ha considerado como una “promesa vana”, cuyo status internacional es el de una divisa más que *periférica*.

No se trata, ni mucho menos, de que los países en desarrollo estén totalmente desprovistos de historia monetaria. Ni tampoco se afirma que las perturbaciones internacionales que experimentan las monedas no tengan consecuencias para las naciones en desarrollo. Por el contrario, el punto que nos interesa destacar se refiere a la reducción de la historia monetaria del Tercer Mundo a una larga serie de vicisitudes estrictamente internas, que no tie-

nen la menor influencia en la configuración de la economía mundial.

Aunque experimenta el impacto —positivo o negativo— el Tercer Mundo ha sido y sigue siendo espectador pasivo de las luchas por la hegemonía monetaria de las grandes potencias. A decir verdad, la participación de una veintena de países en desarrollo en la conferencia de Bretton-Woods, por ejemplo, sólo fue una simple formalidad que no obstante sirvió para dar mayor legitimidad a “acuerdos” francamente contrarios a sus intereses. Al prever la creación de una institución monetaria dotada de poder de emisión de liquidez internacional (el Banco) y de movilización de recursos en beneficio de los países deficitarios, la propuesta apoyada por Keynes contra White era mucho más adecuada a las necesidades monetarias del desarrollo. La idea básica de la propuesta de Keynes se recogerá treinta años después en las tesis del Nuevo Orden Económico Internacional, con los resultados que conocemos.

La subordinación monetaria de los países en desarrollo sigue siendo total. Es así como a principios de los años ochenta, de los 133 países pertenecientes al Fondo Monetario Internacional, las monedas de 95 de ellos estaban vinculadas a una divisa clave (63 naciones) o a un grupo de monedas dominantes (13), y muy pocos a los Derechos Especiales de Giro (DEG). Desde este punto de vista, la situación actual no difiere en forma sensible de la que existía a principios del siglo. De una u otra manera, con mayor o menor formalidad, la lógica de la constitución de bloques monetarios ha seguido vigente.

Sin embargo, la pasividad del Tercer Mundo en el escenario monetario internacional contrasta con el carácter especialmente agitado de su historia financiera. Si, como lo demuestra el estudio de Bonnefoy (1984), existe una *continuidad histórica* en la relación de endeudamiento externo de los países en desarrollo, las transformaciones que ésta ha experimentado son, no obstante, múltiples y variadas.

En rigor, no es exacto hablar de internacionalización del financiamiento pues éste ha sido siempre internacional. Las relaciones financieras, fenómeno muy antiguo, son desde sus orígenes relaciones entre naciones. Al respecto, baste recordar la importancia decisiva de las actividades externas en la constitución de los sistemas bancarios de Europa (ciudades italianas, Países Bajos, Inglaterra, Francia, etc.).

Los países del Tercer Mundo disponen de una larga experien-

cia en la práctica de las relaciones financieras internacionales. Tanto en calidad de colonias como de naciones independientes, los países en desarrollo han tenido desde hace mucho tiempo relaciones con los principales centros proveedores de fondos. En general, es posible distinguir tres períodos distintos en la historia del financiamiento internacional de los países en desarrollo. El primero, que abarca casi un siglo y termina en el momento de la Gran Depresión de los años treinta, puede caracterizarse como de predominio de la *economía de cartera internacional*. Luego de un interregno que se prolonga hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, durante el cual las relaciones financieras entre Norte y Sur atraviesan una etapa de relajación e incluso de ruptura, se entra a un nuevo período que podría llamarse la *economía de donaciones internacionales*. Por último, siguiendo de cerca la periodicidad de la crisis, presenciamos desde la mitad de los años sesenta la puesta en marcha de *una economía de crédito* internacional, cuyo agotamiento es el rasgo distintivo de la situación actual.

En la economía de cartera, internacional, el financiamiento de los países en desarrollo adquiere principalmente la forma de emisión de bonos de renta fija. A menudo los prestatarios son gobiernos y los valores se extienden en moneda del país de origen, a la cabeza de los cuales se encontraba Inglaterra. En este sistema, los bancos aseguran una intermediación entre prestatarios y tenedores de valores. Según las estimaciones disponibles, la tasa de rendimiento de los préstamos internacionales era muy superior a la de las colocaciones internas.

En esta época, la inexistencia de verdaderas inversiones directas que dieran derecho al control sobre la creación del valor,<sup>11</sup> hace que el límite entre colocaciones financieras y colocaciones productivas sea difuso. La gestión de una cartera constituida por valores o por participaciones en las sociedades comerciales o financieras y los ferrocarriles —pero con mucho menor frecuencia en activos inmovilizados en el sector agrícola o industrial de las regiones en desarrollo— constituye la actividad preferida de los inversionistas internacionales.

Bajo la influencia del “laissez-faire” practicado por Gran Bretaña los mercados financieros estaban en general poco contro-

<sup>11</sup>En este caso, como lo destaca Madeut (1984), la exportación de capital-dinero funciona sólo como condición permisiva de la realización del valor, sin dar lugar al control directo de su producción.

lados lo que explica su inestabilidad crónica; los ciclos de expansión y de euforia eran súbitamente reemplazados por oleadas de contracción y de pánico. Lo esencial de la intervención estatal se consagraba menos a organizar el funcionamiento de los mercados que a estimular los empréstitos coloniales que permitían traspasar a las colonias los costos de equipamiento de ellas (Guillaume y Delfaud, 1976).<sup>12</sup>

En aquella época, las regiones en desarrollo ocupaban un lugar importante en las finanzas internacionales. Es así como los inversionistas ingleses mostraban una preferencia manifiesta por las operaciones en sus dominios y en otras zonas con población básicamente europea. Más tarde, a su vez, los financistas norteamericanos se especializarán en actividades con las repúblicas latinoamericanas.<sup>13</sup> Las convulsiones financieras que allí se producían representaban un peligro real para la estabilidad del sistema; un cese de pagos de Argentina, por ejemplo, sembraba el pánico en el mercado de Londres (Ferrer, 1980).

En todo caso la primera ruptura significativa de esta modalidad de financiamiento internacional sólo ocurre a raíz de la Primera Guerra Mundial (Corm, 1982). El debilitamiento de la potencia inglesa había generado una reducción de la oferta internacional de crédito y dificultado el acceso de los países en desarrollo a los mercados financieros. Pero es la crisis de los años treinta la que constituye el vuelco decisivo, en el sentido de que definitivamente pone fin a un siglo de relaciones financieras internacionales dominadas por las emisiones de bonos (Bonnefoy, 1984). La cesación de pagos que se produce en una cantidad impresionante de países en desarrollo, comenzando por los de América Latina, tendrá como sanción su expulsión —hasta nuestros días— de los mercados emisores de bonos. Durante el período siguiente, los flujos privados hacia el Tercer Mundo tomarán la forma de inversiones directas, dejando muy atrás lo que Bacha y Díaz-Alejandro (1983) han llamado el período de *hegemonía intelectual de las altas finanzas*.

<sup>12</sup>Tal como lo destacan estos autores, en lugar de cargar a sus presupuestos los costos de los trabajos antes de que se comenzaran, los gobiernos metropolitanos autorizaban a la administración colonial para que solicitara préstamos a los mercados financieros.

<sup>13</sup>Entre las grandes potencias financieras de la época, sólo Francia manifiesta preferencia por Europa, como lo demuestra la importancia de los empréstitos rusos.

ESTUDIOS INTERNACIONALES

Las reticencias frente a los países en desarrollo, orientan el financiamiento privado a la búsqueda de nuevos horizontes. Inmediatamente después de la Segunda Guerra y, con mayor precisión, a principios de los años cincuenta y una vez terminada la reconstrucción europea, se plantea el problema de reintegrar a los países en desarrollo a una economía mundial que en ese momento estaba en plena expansión. En el plano financiero, la imposibilidad de contar con capitales privados para emprender esta tarea induce a buscar un relevo mediante el financiamiento público. De allí la substitución progresiva, a partir de 1950, de los flujos privados por recursos de origen público (cuadro 4).

Cuadro 4

SUSTITUCION DE LAS FUENTES DE FINANCIAMIENTO  
(flujos netos hacia los países en desarrollo)<sup>14</sup>

	Públicos		Privados		Total
	Millones de US\$	% sobre el total	Millones de US\$	% sobre el total	Millones de US\$
1950-55	1.9	42.2	2.6	57.8	4.5
1956-59	3.8	55.9	3.0	44.1	6.8
1960-62	5.7	67.9	2.7	32.1	8.4
1963-65	6.8	67.3	3.2	31.7	10.1
1966-68	7.6	63.9	4.3	36.1	11.9
1969-71	9.3	56.0	7.3	44.0	16.6

Fuente: Bairoch (1975).

El establecimiento de la *economía internacional de donaciones* que sigue a este período, inaugura una nueva era caracterizada por el debilitamiento de la lógica del mercado. De aquí en adelante, como lo reconoce el famoso informe Pearson (1969), las consideraciones de orden político originadas en la guerra fría predominan respecto de las razones propiamente económi-

<sup>14</sup> Se excluyen los países comunistas.

cas en cuanto al destino del financiamiento internacional. Es así como gran parte de los recursos que se orientan hacia el Tercer Mundo se dirigirán, ya sea a reforzar la presencia occidental en ciertos países estratégicos (Corea, Taiwán, etc.) o a conservar la influencia de las potencias europeas en las zonas correspondientes a los antiguos imperios coloniales.

La participación de los Estados en el financiamiento internacional constituía una solución provisoria en espera del establecimiento de los flujos privados. La dificultad para disipar los temores de los inversionistas privados hace que de transitorio el financiamiento se transforme en una modalidad permanente. La consagración oficial de la *Ayuda para el Desarrollo* durante los años sesenta ilustra esta evolución.

Para los países en desarrollo, la economía de donaciones internacionales corresponde a un período de *abstención financiera*. Si sus niveles de endeudamiento se mantienen en niveles razonables<sup>15</sup> debido al costo relativamente bajo de los recursos, las sumas que canaliza la Ayuda son en realidad insuficientes si se las compara con las necesidades del desarrollo. Además, en relación con el PIB de los países donantes, la participación de la Ayuda tiende a disminuir,<sup>16</sup> de manera que se estanca la transferencia neta real hacia los países en desarrollo.

No obstante, la politización del financiamiento internacional no implica el abandono total de las consideraciones más directamente económicas. La Ayuda, y en especial, los créditos de exportación (garantizados por el Estado), de hecho aseguran a los países donantes la posibilidad de incrementar sus exportaciones de productos industriales y de colocar sus excedentes agrícolas.

Entre los diversos instrumentos mediante los que opera el financiamiento internacional, sólo los créditos para las exportaciones muestran un cierto dinamismo. Como observa Bonnefoy esta evolución ilustra, por una parte, la brecha al interior de los países en desarrollo entre naciones que tienen acceso a este tipo de recursos y aquellas que deben conformarse con préstamos públicos bilaterales o multilaterales. Por otra parte, pese a la garantía oficial de la cual disponen, la naturaleza privada de los

<sup>15</sup>La tasa de servicio de la deuda externa del Tercer Mundo se mantiene relativamente constante hasta mediados de los años sesenta.

<sup>16</sup>Durante los años cincuenta, la Ayuda se aproxima a la meta oficial que es el 1 por ciento del PIB de los países donantes; en la década siguiente, sin embargo, disminuye al 0.75 por ciento.

créditos de exportación anticipa el desarrollo ulterior de la *economía de crédito internacional*.

La evolución a largo plazo de las relaciones financieras entre el Norte y el Sur no se sustrae a la dialéctica propia a los procesos históricos; ella resulta en efecto de la confrontación entre los factores de *continuidad* y los elementos de *ruptura*. La continuidad surge de dos constantes principales de la historia de estas relaciones. La primera se refiere a la persistencia del endeudamiento de los países en desarrollo; la segunda, a la recurrencia de etapas que destacan sucesivamente el papel dominante, tanto de los agentes privados como de los públicos.

La persistencia del endeudamiento de los países en desarrollo no admite dudas. Al respecto, baste recordar que la mayor parte de los países endeudados en la actualidad, lo estaban hace más de un siglo atrás. La obstinación demostrada por el endeudamiento de estas naciones se ve confirmada durante el último período por el profundo cambio que se opera en los países de la OPEP, los cuales después de haber sido los principales exportadores de capitales del mundo han vuelto a ser, en su gran mayoría, países altamente endeudados.

Asimismo, la secuencia *privado-público* surge como una constante en la historia del financiamiento internacional del Tercer Mundo. Tal como se ha observado, a un prolongado período en el que priman las fuentes privadas sucede a principios de los años cincuenta un sistema dominado por los agentes públicos nacionales e internacionales. Sin embargo, hacia fines de los años sesenta se asiste a un nuevo trastocamiento, una vez que los flujos públicos ceden progresivamente el paso a los recursos que transfiere la banca privada. Pero esta situación no durará mucho tiempo; las dificultades cada vez mayores que enfrenta el persistente endeudamiento del Tercer Mundo hacen inevitable, a principios de los años ochenta, el retorno mayoritario de los Estados y los organismos multilaterales al escenario financiero internacional.

Menos que un impulso irresistible de los agentes públicos que los lleva a imponer su presencia cueste lo que cueste, esta sucesión de etapas traduce la incapacidad de los agentes privados para superar, sin la ayuda exterior, los excesos producidos por la miopía incurable que padecen las fuerzas del mercado.

Por otra parte, el análisis de la evolución financiera confirma ampliamente la idea de que cada sistema de hegemonía da lugar a una configuración específica de las relaciones económicas internacionales. Al otorgar un lugar importante a las zonas en desa-

rollo en la división internacional del trabajo, el sistema construido en base a la hegemonía inglesa desembocó en la creación de una *economía de cartera internacional* que permitió mantener una oferta de crédito relativamente abundante. En sentido inverso, la exclusión relativa del Tercer Mundo de la economía mundial bajo *hegemonía norteamericana* es coherente con el establecimiento de una *economía de donaciones internacionales* que impone a los países en desarrollo un período de abstinencia financiera. Por último, a la fragmentación del poder económico mundial y al progreso de ciertos países en desarrollo corresponde el surgimiento de la *economía de crédito internacional*.

Más allá de los paralelos que pueden hacerse entre las diferentes formas que han adoptado las relaciones financieras Norte-Sur —especialmente entre la economía de cartera y la economía de crédito internacional—<sup>17</sup> en su evolución histórica se revela la presencia de una tendencia de fondo que escapa al principio de continuidad. De hecho, la secuencia un tanto mecánica privado-público-privado parece ocultar una progresión ascendente hacia la mundialización del financiamiento. En esta forma, si la economía de cartera se fundamenta en relaciones esencialmente *bilaterales*, la economía de donaciones introduce, por primera vez, relaciones que tienen un *carácter multilateral*. En esta progresión la economía de crédito internacional corresponde a una nueva etapa, en la medida en que ella da lugar a un sistema de relaciones principalmente *transnacionales*.

De lo anterior se deriva una lección importante. Con la prudencia que impone toda tentativa de proyectar hacia el futuro la trayectoria de la evolución pasada es posible pensar que la mundialización del financiamiento constituye una tendencia difícil de revertir. Por consiguiente, la intervención creciente de los agentes públicos frente a la incapacidad de los agentes privados para asegurar la estabilidad del sistema, no debería concebirse como un retorno al período de represión financiera sino más bien como una acción tendiente a crear las condiciones de una mundialización bien organizada.

<sup>17</sup>Entre las similitudes de estos dos sistemas puede mencionarse el papel decisivo de los agentes privados y la existencia de una tasa rectora (la tasa de redescuento del Banco de Inglaterra, la LIBOR y la Prime Rate en el caso de la economía de crédito) que rige el funcionamiento del conjunto de los mercados, etc.

### 5.- *Exclusión y extraversion de los países en desarrollo*

Contrariamente a la visión tradicional, se desprende de lo anterior que las relaciones Norte-Sur no poseen la inmutabilidad que a menudo se les atribuye. Si la pasividad del Tercer Mundo en el escenario monetario internacional constituye una constante de la historia, por el contrario su inserción tanto en los intercambios comerciales como en los flujos de inversión directa y las finanzas internacionales ha experimentado transformaciones de gran magnitud.

En especial, el análisis en la perspectiva histórica de las relaciones Norte-Sur destaca la importancia de las modificaciones producidas por la crisis actual en el antiguo sistema centro-periferia. En efecto, entre las innovaciones del período que se inicia a fines de los años sesenta, la integración selectiva de los países en desarrollo a la economía mundial es una de las más sobresalientes.

No puede entenderse la importancia de este proceso a partir de una evaluación estática de la contribución de los países en desarrollo a los diferentes flujos mundiales; desde este punto de vista, el lugar que ocupan las naciones en desarrollo es, en conjunto, bastante modesto. Sin embargo, una comparación con las tendencias vigentes durante los dos decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial destaca la magnitud de las modificaciones que se producen durante los años setenta.

Como se ha visto la postguerra corresponde a un período de exclusión relativa del Tercer Mundo de la economía mundial. Ello deriva del privilegio que asigna la nueva potencia dominante a la articulación con los demás países desarrollados. Es así como la configuración de una división internacional del trabajo esencialmente horizontal conlleva un descenso brusco de la participación del Tercer Mundo en los intercambios comerciales. Paralelamente, la difusión del fordismo al interior del Norte se acompaña de una tendencia a la concentración de los flujos de inversión directa entre países desarrollados, lo cual tiene como consecuencia un cierto abandono de las naciones en desarrollo. Por su parte, el establecimiento de una economía de donaciones sanciona la expulsión del Tercer Mundo de los mercados financieros internacionales.

En comparación con esta evolución, las transformaciones que han experimentado las relaciones Norte-Sur durante los años setenta evidencian un cambio de orientación. De aquí en adelan-

te, la participación creciente de los países en desarrollo en las exportaciones mundiales y en los flujos financieros internacionales, traduce una ruptura de la tendencia a la exclusión y el inicio de una nueva etapa caracterizada por su reintegración selectiva a la economía mundial.

Pero antes de avanzar en el tema, conviene insistir en el hecho de que la exclusión no ha desembocado en un verdadero autocentrado de los países en desarrollo. De hecho, la dinámica del crecimiento sigue siendo extrovertida, no obstante los sensibles progresos logrados en el plano industrial por el proceso de sustitución de importaciones. Mientras que en el Norte la internalización del fordismo aseguró la primacía de las fuerzas *centrípetas* de la acumulación, en el Sur ha permanecido sometida a la acción de fuerzas *centrífugas*.

Durante este período, una limitación importante de la industrialización del Tercer Mundo radica en la *dualidad* entre producción para el mercado interno y producción para el mercado mundial. A diferencia de las economías del Norte, cuya inserción internacional refleja sus preferencias nacionales de estructura, en el caso de los países en desarrollo la producción que se orienta hacia el mercado mundial interviene a título de *compromiso autónomo* (Paleologue, 1980); siendo su articulación con la actividad industrial principalmente financiera<sup>18</sup> y pocas veces productiva o tecnológica.

El proceso de exclusión no impide pues la extravención, pero tampoco es obstáculo para acelerar el crecimiento de un gran número de naciones en desarrollo. Como se ha demostrado anteriormente,<sup>19</sup> los años cincuenta y sesenta están marcados por una fuerte expansión tanto en los países del Norte como en las economías del Sur. Este resultado, logrado en condiciones internacionales relativamente difíciles (concentración de los intercambios internacionales y de la inversión directa en los países desarrollados, abstinencia financiera, etc.), nos parece desmiente la validez de las tesis que hacen de la internacionalización de los países en desarrollo la principal condición de un crecimiento sólido y duradero.

<sup>18</sup>La articulación del sector exportador con la acumulación industrial opera mediante el financiamiento de los insumos que éste necesita y también a través de la creación de demanda que posibilitan los ingresos de las exportaciones.

<sup>19</sup>Ver capítulo I, sección 3.

II. LA INTEGRACION DE LOS PAISES EN DESARROLLO A LA ECONOMIA  
MUNDIAL: COOPTACION Y MARGINALIDAD INTERNACIONAL

Con el desencadenamiento de la crisis en los países centrales, las relaciones Norte-Sur entran a una nueva etapa: la situación de exclusión relativamente generalizada de los países en desarrollo se verá modificada en forma parcial por el surgimiento de una tendencia a su reintegración selectiva. La lógica de este proceso, que desemboca finalmente en el estallido del sistema centro-periferia releva de la constitución de un *sistema de economía mundial*, en cuyo contexto logran integrarse algunos países en desarrollo.

1.- *La emergencia de un sistema de economía mundial*

El estrangulamiento del fordismo en las naciones desarrolladas provoca la ruptura del régimen de acumulación impulsado por la acción de las fuerzas centípetas. De allí en adelante, la búsqueda de un exterior en constante aumento se convierte en condición fundamental de la expansión interna. En el Norte, a un período de independencia relativa de las coyunturas sucede una etapa que se distingue por una sincronización cada vez más precisa. Es decir, las políticas macroeconómicas pierden eficacia (Levinson, 1982) y se tornan menos autónomas. De hecho, todo sucede como si se hubiese impuesto una ley de convergencia que sanciona en forma casi automática las políticas que buscan apartarse de la norma.<sup>20</sup>

Sería, sin duda, un error reducir este cambio a un problema de adecuación de las políticas macroeconómicas a una restricción externa más severa. En realidad, esta última no puede representarse como un obstáculo situado en la frontera de lo nacional y lo internacional. Más que de una restricción externa, sería mejor hablar de la internalización al interior de las economías nacionales de restricciones de todo tipo que resultan de la pertinencia a un *sistema de economía mundial en vías de formación* (Michalet, 1976).

El sistema de la economía mundial hace referencia a la constitución de un espacio económico cada vez más integrado y cuya

<sup>20</sup>La experiencia francesa posterior a 1982 depende de esta lógica.

dinámica se deriva, en una medida importante aunque no excluyente, de la presencia de agentes dotados de un carácter transnacional.<sup>21</sup> En este espacio, las condiciones de la producción y también las normas de consumo presentan un alto grado de homogeneidad, dada la fluidez de la circulación en su interior de la tecnología y de la información.<sup>22</sup>

Ciertamente, el sistema de economía mundial no es la economía mundial en el sentido de un todo geográfico del cual nadie puede excluirse. Tampoco es asimilable a la noción de *economía-mundo* que, como señala el propio Braudel (1979), es una suma de economías particulares jerarquizadas a partir de un centro. Según la terminología braudeliana, podría decirse que el sistema de economía mundial se identifica más bien con el *tiempo del mundo*, tiempo excepcional que domina ciertos espacios y ciertas realidades, pero que deja escapar otros espacios y otras realidades.

En la idea que nos hacemos, el sistema de economía mundial no es el *mercado de todo el universo* (Sismondi).<sup>23</sup> Por el contrario, es *una* de las resultantes de la eterna dialéctica *homogenización-fraccionamiento*: frente a él, existe en efecto un archipiélago de espacios dispersos. Aun la representación del sistema de economía mundial como un grupo de naciones estrechamente ligadas entre sí por un conjunto de flujos multinacionales, no nos parece corresponden exactamente a su estado real de desarrollo. Puesto que en los propios países desarrollados, sometidos en forma más directa a la lógica del sistema de economía mundial, subsiste una mirada de actividades independientes.

De hecho, la estructura del sistema de economía mundial se asemeja a la de una *red*, cuya configuración no se ciñe obligadamente al trazado de las fronteras nacionales. Los diferentes flujos que forman su trama ponen más bien en contacto a segmentos de las economías nacionales más o menos importantes, según la densidad de sus conexiones con la red central. De ello se desprende la falta de pertinencia de la oposición clásica entre Estados nacionales y empresas multinacionales, ya que se trata de agentes cuya naturaleza no es estrictamente comparable; mientras los primeros son los responsables de la administración

<sup>21</sup> Para una discusión teórica de este tema, véase la tesis de Santa Gadea (1983).

<sup>22</sup> Como se observa Cosmao (1984), el desarrollo de las comunicaciones ha convertido al mundo en una *aldea en la cual todo se sabe*.

<sup>23</sup> Citado por Braudel (1979).

global (política, económica, ideológica) de un territorio, las segundas se limitan a la gestión básicamente económica de una red transnacional.

Por otro lado, no se debe sobrestimar la solidez del pedestal sobre el que se ha construido el sistema de economía mundial. Los riesgos de fraccionamiento son tanto más grandes cuanto que su expansión tiene lugar en un contexto dominado por la beligerancia casi abierta entre las grandes potencias. Entre otros factores, ilustran lo anterior la exacerbación de la competencia y la escalada del proteccionismo.<sup>24</sup> No es, entonces, casual que, como lo destacan Kotler y Singh (1981), el lenguaje de la economía se vea hoy plagado de conceptos que se estimaban como propios de la guerra: mercados *invadidos*, *guerras* de precios, *despliegue* de fuerzas, *armas* de la propaganda, etc., son otras tantas expresiones que se repiten corrientemente al hablar de economía. En realidad, el triunfo de Clausewitz sobre Smith y Ricardo ilustra un fenómeno de fondo: el estallido, a escala internacional de una verdadera guerra económica cuyo fin no parece estar próximo.

Como sea, el surgimiento de un sistema de economía mundial no deja de tener consecuencias en la configuración de las relaciones Norte-Sur. La revalorización de la importancia del exterior en los países desarrollados y la fragmentación del poder económico mundial que resulta del cuestionamiento de la supremacía norteamericana, crean las condiciones para una elevación del status internacional de las relaciones Norte-Sur. La falta de oportunidades de inversión rentable, la necesidad de encontrar nuevos mercados susceptibles de dinamizar una demanda interna que se ha estancado, etc., conducen a los países desarrollados a manifestar un interés creciente por las relaciones con las naciones en desarrollo. La participación cada vez mayor del Tercer Mundo en los intercambios comerciales, su posición clave en el funcionamiento de las finanzas internacionales y, adicionalmente, la tendencia a la estabilización de su participación en las inversiones directas,<sup>25</sup> reflejan esta orientación.

Durante el período de hegemonía inglesa las regiones en desarrollo desempeñan un papel esencial en su calidad de proveedores de materias primas y como refugio de los capitales que buscan

<sup>24</sup> Respecto a este tema ver, por ejemplo, Anjaria, Iqbal, Kirmani y Pérez (1982), como también el informe del *Monde de l'Economie* (1982) dedicado al avance del proteccionismo en los diferentes países desarrollados.

<sup>25</sup> Luego de un período de descenso acelerado.

una mayor rentabilidad. Asimismo, eran lugares privilegiados de recepción de la emigración europea. En esa época, la periferia aparecía como un *termostato* de la actividad internacional (Lipietz, 1982), dada su gran sensibilidad ante las fluctuaciones del comercio y de las finanzas.

Por el contrario, la lógica del sistema que se establece en torno a la dominación norteamericana conlleva un debilitamiento de las funciones tradicionales de la periferia. La importancia de las materias primas en los intercambios comerciales experimenta un descenso vertical, los capitales se invierten de preferencia al interior de los países desarrollados y, al mismo tiempo, los flujos de mano de obra adoptan la forma de una corriente migratoria que esta vez va desde el Sur hacia el Norte.

Con el cuestionamiento de la hegemonía norteamericana y la emergencia de un sistema de economía mundial, se llega a una situación en la que toda referencia a un rol internacional propio del conjunto del Tercer Mundo, se torna arbitraria. Si hasta los años sesenta la periferia podía encontrar un elemento unificador en su exclusión de la economía mundial, de allí en adelante no sucederá lo mismo pues su fragmentación aparecerá como un hecho consumado. Al no limitarse la constitución del sistema de economía mundial a las fronteras de los países desarrollados, ciertos países en desarrollo o más exactamente, ciertos segmentos de sus economías podrán también formar parte de él. Es así como los procesos de diferenciación del Tercer Mundo franquean un umbral cualitativo. En lo sucesivo, una brecha profunda separará a los países en desarrollo: de un lado, las naciones que en el contexto del sistema de economía mundial pueden aspirar a la *cooptación*; por el otro, los países condenados en la situación actual a una *marginalidad internacional* creciente.

## 2.- *Interdependencia y cooptación*

Los períodos de crisis cristalizan los efectos del desarrollo desigual. Apenas susceptibles durante las etapas de expansión, los cambios en la jerarquía internacional se exhiben abiertamente en el momento de la depresión. La crisis actual no constituye una excepción a esta regla. Muy por el contrario, tanto en el Norte como en el Sur, se torna explícita la alteración de las posiciones relativas de los diferentes países.

En el Norte, el debilitamiento de la potencia de Estados Unidos y la agudización de la decadencia británica, contrastan con la

vitalidad que muestran la República Federal de Alemania y especialmente Japón. En el Sur, el surgimiento de un grupo de países dotados de cierto dinamismo que les permite distinguirse en forma clara del resto, constituye el principal acontecimiento.

Numerosos indicadores ilustran la *aparición de un Norte en el seno del Sur* (Godet y De La Saussay, 1984). Así, una comparación de los resultados industriales logrados por un grupo selecto de países en desarrollo, en crecimiento rápido<sup>26</sup> (Cepii, 1983), muestra que en el período 1973-80, éstos son en promedio cinco veces superiores a los resultados de las demás naciones en desarrollo. Lo anterior permite comprender la rapidez con que se profundizan las diferencias entre las diversas categorías de países en desarrollo. Para dar tan solo una idea, recordemos que la brecha, medida por el PIB per cápita, entre las naciones de ingreso bajo y aquéllas de ingreso intermedio —que era de 1 a 4 a mediados de los años cincuenta— es hoy de 1 a 10.

Al tiempo que aumenta la distancia que separa a las naciones del nuevo Norte del resto del Sur, se constata un acercamiento de sus posiciones en relación con las de los países desarrollados. A juzgar por las dimensiones de sus PIB, Arabia Saudita aventaja en forma considerable a Austria y resiste sin problemas una comparación con Bélgica o Suecia. Por su parte, Brasil sobrepasa a España y se sitúa a un nivel cercano al de Canadá. Al introducir una noción de movimiento, las comparaciones se tornan aun más contundentes. Sólo para citar un ejemplo, Gran Bretaña, que a principios de la década de los años sesenta era seis veces más rica que Corea del Sur, sólo lo es tres veces más a fines de los años sesenta.

En consecuencia, la separación entre un Norte rico y desarrollado y un Sur pobre y subdesarrollado ha perdido la nitidez de antes. En el contexto del Tercer Mundo, la uniformidad de la pobreza cede su lugar a una configuración fuertemente jerarquizada. Dada la importancia de su desarrollo industrial y tecnológico, países como Brasil, México o Corea<sup>27</sup> se sitúan en la cima de la jerarquía. Luego figuran los países cuyo ingreso petrolero les asegura un potencial financiero que sigue siendo considerable, pese a la compresión del mercado energético internacional.

<sup>26</sup> Brasil, México, Hong Kong, Taiwán, Corea y Singapur.

<sup>27</sup> Se trata, de acuerdo con las categorías de la tipología que se presenta en el capítulo IV, de economías de régimen mixto y de economías taylorianas de la primera generación.

Existe un tercer grupo constituido por los que Vellas (1981b) llama *países de relevo* (\*). Se trata de países cuya articulación con los países desarrollados responde a un esquema clásico de división vertical del trabajo, pero sus intercambios con las naciones en desarrollo muestran una especialización internacional en las exportaciones de productos manufacturados.<sup>28</sup> Entre los diferentes países que pertenecen a esta categoría, se pueden mencionar a Camerún y Costa de Marfil en Africa Negra, Marruecos y Túnez en el Mahgreb, Colombia y Ecuador en América Latina, e Indonesia y Malasia, en el continente asiático.

Dadas sus potencialidades industriales, energéticas o financieras, los países que pertenecen a estos tres grupos se caracterizan, en grados ciertamente diversos, por una inserción *activa* en la economía mundial. Si no disponen en forma expresa de capacidad para influir unilateralmente en las tendencias que allí se expresan, no están, en todo caso, condenados a permanecer inertes ante el impacto de las perturbaciones externas. Desde este punto de vista, el análisis del destino de los diferentes flujos Norte-Sur<sup>29</sup> muestra con meridiana claridad la existencia —al interior del Tercer Mundo— de un conjunto de naciones cuyas relaciones con las economías dominantes presentan un dinamismo que contrasta con la morosidad de las relaciones que mantienen los demás países en desarrollo. En el plano comercial, lo esencial de las relaciones Norte-Sur pasa por los intercambios de los países desarrollados con las naciones de la OPEP, por una parte, y los países de industrialización rápida, por la otra.<sup>30</sup> Asimismo, en el campo financiero se observa también una fuerte polarización de los flujos. Como se sabe, un grupo reducido de naciones en desarrollo concentra la mayor parte de la deuda del Tercer Mundo con el sistema bancario internacional. Además, es preciso

(\*) Pays relais.

<sup>28</sup>En el caso de los países del primer grupo, lo esencial de las exportaciones de productos manufacturados se orienta hacia las naciones desarrolladas, mientras que los mercados principales de productos industriales de los países de relevo se encuentran en las propias naciones en desarrollo.

<sup>29</sup>Ver capítulos II y III.

<sup>30</sup>No es, entonces, sorprendente constatar que los países en desarrollo más industrializados concentran la parte esencial de los beneficios acordados por las naciones de la OCDE en el marco del Sistema General de Preferencias (SGP). Según estimaciones de Philippe (1982), mientras que en 1979 las preferencias arancelarias representaban el 21.4 por ciento del total de sus importaciones, ellas no excedían el 10 por ciento en el caso de los 30 países de menor desarrollo.

destacar que la lista de grandes deudores no difiere en forma sensible de la de los principales beneficiarios de las inversiones directas.

Todos estos elementos conducen a pensar que el estrechamiento de los vínculos entre países desarrollados y ciertas naciones en desarrollo representa un aspecto primordial del proceso de constitución de un sistema de economía mundial. Como consecuencia de la ruptura de la coherencia internacional de la acumulación intensiva, se le plantea al capital la necesidad de construir una nueva zona en la que el fordismo pueda volver a encontrar el dinamismo perdido. Al respecto, la hipótesis de la emergencia de una *ZONA PACIFICO* con miras a sustituir el eje atlántico como centro económico del mundo (Attali, 1980, 1981), resulta sugestiva. Como bien lo demuestra el estudio de Etrillard y Sureau (1983), las economías ribereñas del Pacífico Norte al mismo tiempo que disponen de una participación creciente en la producción mundial, han creado entre ellas una complementariedad de tipo triangular: a la flexibilidad de la acumulación en ciertos países asiáticos, se agrega a la pujanza industrial de Japón y la capacidad financiera de Estados Unidos.

La zona Pacífico aparece frente al resto del mundo como un conjunto dotado de coherencia interna. En el plano comercial, Estados Unidos constituye el principal mercado de los países en desarrollo de Asia y de Japón; el déficit norteamericano con estos países se compensa con el excedente del comercio con Europa. Desde el punto de vista industrial, la zona se caracteriza por la conformación de una división horizontal del trabajo y por una capacidad asombrosa para deslocalizar actividades entre los países.<sup>31</sup>

La discusión sobre la imposición ineludible de una *PAX PACIFICA* permanece plenamente abierta. En realidad nada permite asegurar que después de Londres y Nueva York, sea Tokio quien se erija como nuevo centro del mundo. Sea lo que fuera, es difícil no visualizar en la constitución de hecho de una zona Pacífico, el signo precursor de una nueva configuración de las relaciones económicas internacionales.

<sup>31</sup> Por ejemplo, Japón le cede la construcción naval a Corea, nación que a su vez entrega la actividad textil a los países de la "Segunda banda de cuatro" con miras a especializarse en actividades de mayor rendimiento a escala mundial.

El surgimiento de una o de varias zonas de coherencia, organizadas de acuerdo con la lógica de un sistema de economía mundial, ciertamente no hará desaparecer las desigualdades nacionales; en consecuencia, continuarán reproduciéndose las jerarquías. No obstante, para aquellos países en desarrollo que hayan logrado insertarse en él, habrá llegado el momento de pasar de la dependencia unilateral a la interdependencia recíproca.

### 3.- Dependencia y marginalidad

Tras las denuncias de la miseria agobiante que sufre gran parte de la humanidad, se oculta una realidad estructural: la marginalidad a la cual han sido empujados los países que no pueden aspirar a la cooptación internacional. Frente a un Tercer Mundo que se desarrolla y conquista nuevas posiciones, se encuentra el Tercer Mundo del subdesarrollo y de los marginados. La brecha entre países pobres y países ricos no surgió ayer. La novedad de la situación actual radica en el peligro cada vez más real de una multiplicación sin precedentes de esta diferencia. En una época en la que se encuentra en plena expansión la tercera revolución industrial, aquella parte del planeta que no ha conocido ni siquiera la primera, se encuentra, efectivamente, ante el riesgo de una marginalización total.

Gran parte de Africa y numerosos países de Asia están en esta situación. Así, por ejemplo, la participación del Africa Negra (excluyendo las naciones exportadoras de petróleo) en la producción mundial continúa deteriorándose; a principios de los años ochenta representaba apenas un poco más del 1 por ciento del total (Cepii, 1983). Igual cosa ocurre con su parte en los intercambios comerciales.<sup>32</sup>

En esencia, la dinámica del proceso de diferenciación del Tercer Mundo pone en marcha una polarización fácil de percibir. Mientras ciertos países rompen con la situación de exclusión relativa del período anterior y acceden a un status que —a partir de Wallerstein (1974)— algunos califican de *semi-periférico*, los demás se sumergen en una exclusión casi total dando lugar a la formación de una *extrema-periferia* (Green, 1976).

<sup>32</sup>La participación del Africa Negra (fuera de la OPEP) en los intercambios comerciales desciende del 2 por ciento en 1967 a 1.3 por ciento en 1980. En el caso de los países sub-asiáticos se comprueba un fenómeno semejante (con excepción de aquellos que se consideran en desarrollo acelerado).

La distancia del grupo de los excluidos frente al centro de gravedad de la economía mundial se hace máxima. Al mismo tiempo que su incidencia en la orientación de los flujos mundiales de mercancías se hace casi nula, los financistas y los inversionistas internacionales se interesan cada vez menos en ellos.<sup>33</sup> Salvo algunos enclaves aislados, las multinacionales tratan de insertarse en las naciones en desarrollo en las que existe la posibilidad de que las necesidades de la población se expresen como demanda solvente. Privados, además, de la posibilidad de recurrir a los mercados de capitales, estos países están condenados a vivir de la Ayuda Pública que buenamente se les otorgue. En lo que se refiere a sus relaciones con el Norte, toda idea de interdependencia es pues sólo un eufemismo.

El mundo de los excluidos tiene poco que ver con cualquier noción de autonomía. Sus vínculos con el exterior, por el contrario, llevan la marca indeleble de la dependencia y la extraversion.

La magnitud de las desigualdades entre los países en desarrollo ha hecho que numerosos autores traten de explicarla en base a la acción de fuerzas externas. Por ejemplo, Andreff (1983) afirma que las multinacionales dividen al Tercer Mundo. No obstante, nos parece que el elemento esencial del problema no se sitúa allí. Si de hecho existe una correlación estrecha entre el grado de desarrollo y la importancia de la penetración multinacional, no se desprende de ello que la segunda sea obligatoriamente una condición necesaria del primero. Muy por el contrario, todo conduce a pensar que el crecimiento y el desarrollo preceden a la multinacionalización. En otras palabras, las empresas multinacionales tratan de implantarse allí donde el dinamismo del mercado local asegura la realización de operaciones fructíferas. Desde este punto de vista las multinacionales y, de manera general, el conjunto de las relaciones internacionales consolidan una situación cuyos determinantes básicos son, antes que nada, endógenos a los diversos países.

En cambio, es posible establecer un vínculo orgánico entre la marginalidad internacional de ciertos países en desarrollo y el *equilibrio de la pobreza* (Galbraith, 1980) en que se encuentran

<sup>33</sup> Al respecto, parece útil recordar la siguiente observación de J. Robinson (1967): *la desgracia de ser explotado por los capitalistas no es nada en comparación con la desgracia de no ser explotado por nadie.*

sumidos sus sistemas económicos. En realidad, este tipo de equilibrio presenta la forma de un verdadero círculo vicioso. Dada la ausencia de ahorro, estas economías —en su mayoría rurales— no tienen los medios para emprender las inversiones que permitan aumentar su productividad, lo que impide toda alza de los ingresos y a su vez hace imposible el ahorro. La irreductibilidad al cambio es un elemento propio de este equilibrio; lo demuestran los fracasos a veces estrepitosos de las tentativas puramente externas para romper el círculo vicioso de la pobreza. Todavía más que la falta de capitales, es la *conformidad* de los pueblos ante una situación que perciben como algo inexorable la que hace que el sistema tienda a reproducirse en forma idéntica.

No se trata, sin embargo, de sociedades carentes de dinamismo interior. El problema planteado presenta un carácter distinto: según la terminología de Levi-Strauss,<sup>34</sup> atañe a la especificidad de los *sistemas de motivaciones y de estímulos que les son propios*. En la medida en que el mejoramiento de las condiciones materiales no juega un papel decisivo como factor de atracción de las energías sociales, estas sociedades se sitúan fuera de la lógica dominante. Su marginalidad constituye la sanción de esta no conformidad respecto a la norma internacional.<sup>35</sup>

Incapaz de someterla a su lógica, la expansión internacional del capital arroja a una parte del planeta a los confines de la economía mundial. La dialéctica unificación-fraccionamiento que opera en este contexto adquiere en los países en desarrollo, la forma de un proceso de cooptación-marginalización que, al reservar los lazos de interdependencia para unos y los de dependencia para otros, introduce un cambio sustancial en la fisonomía tradicional de las relaciones Norte-Sur. Es así como —paradójicamente— la economía mundial como sistema se construye sobre la base de la mutilación de la economía mundial como totalidad geográfica y social.

<sup>34</sup> Citado por Blardone (1972).

<sup>35</sup> En igual sentido, es preciso agregar que, a diferencia de la actividad industrial, toda una parte del proceso de trabajo destinado a conservar los elementos naturales del ecosistema es considerada por el capital como *nula y sin valor* (Palloix, 1982).

III. EL ESTALLIDO DEL TERCER MUNDO Y EL SUBDESARROLLO  
DE LA TEORIA

Hemos concebido este capítulo como un ensayo de síntesis. Las secciones anteriores trataron de poner en evidencia las evoluciones que nos parecían más fundamentales respecto a la configuración actual de las relaciones Norte-Sur. Pero, para que una síntesis sea completa se requiere confrontar los resultados del análisis histórico-concreto con las teorías elaboradas para explicarlos. Una revisión exhaustiva de la literatura existente en el marco de lo que se ha dado en llamar la *teoría del desarrollo* sobrepasa ampliamente los límites del presente estudio. Insistiendo en el fenómeno de la diferenciación internacional del Tercer Mundo, esta sección se limitará a subrayar las insuficiencias de los principales paradigmas teóricos del desarrollo y el subdesarrollo.

De partida una constatación se impone: el problema del subdesarrollo sigue siendo un pesado fardo, en el pasivo de la teoría económica. Pese al hecho de que su estudio se ha transformado en un tema que atrae la atención de un número cada vez mayor de economistas, es preciso constatar que su status teórico continúa siendo sumamente precario. Las declaraciones de Hicks,<sup>36</sup> según las cuales el subdesarrollo es un tema importante que, sin embargo, no da lugar a una formalización ni tampoco a una teoría, mantienen una dramática actualidad.

Dos grandes corrientes de interpretación polarizan aún el debate en esta materia; la primera asume la hipótesis que el subdesarrollo corresponde a un "atraso" en una evolución histórica predeterminada por el desarrollo de los países capitalistas adelantados. En los trabajos de Viner (1952), Hoselitz (1960) y Rostow (1960) se presentan los fundamentos de este enfoque que puede calificarse de *evolucionista*. Por el contrario, la segunda corriente se concentra en la idea de que existe una relación indisoluble entre el desarrollo de unos y su ausencia en los otros. A.G. Frank (1972) y S. Amin (1970, 1973) figuran entre los autores más representativos de la corriente opuesta.

Confrontadas a las evoluciones recientes de la economía mundial y del Tercer Mundo en particular, cada una de estas corrientes cree poder encontrar los elementos que verifican sus

<sup>36</sup> Citado en Chemillier-Gendrau, Hugon, Djurdjevac y Henry (1979).

hipótesis. Es así como el despegue de los "Nuevos Países Industriales" se presenta como prueba irrefutable del acierto del enfoque evolucionista. Por su parte, el estancamiento en que permanecen numerosas naciones en desarrollo —comenzando por los "Países Menos Adelantados"— es, por supuesto, presentado en apoyo de las tesis contrarias. Por consiguiente, cada corriente pareciera estar en condiciones de explicar una parte de la realidad. No obstante, ambas se equivocan respecto al punto decisivo de saber cuáles son las fuerzas que determinan que una nación pueda transformarse en "Nuevo País Industrial" o, por el contrario, siga siendo un "País Menos Adelantado". De hecho, en el marco de estas teorías, la dialéctica de la diversidad constituye un proceso de los más misteriosos.<sup>37</sup>

En el plano metodológico, el impasse que enfrentan los paradigmas de la teoría del desarrollo conduce a cuestionar simultáneamente los conceptos de *equilibrio*, *dependencia* y *reproducción*.

El grado de sofisticación que ha alcanzado el instrumento técnico del enfoque en términos de equilibrio general, contrasta con los límites de su esquema interpretativo del modo de estructuración de las relaciones económicas internacionales. De esta forma, al evacuar del análisis las interacciones entre sus diversos componentes, la economía mundial se presenta como una entidad puramente física. En su interior, la lógica que preside el desarrollo de las naciones sería la de su evolución a través de etapas pre-establecidas a la manera de los organismos vivos. Pero si estos últimos están obligados a desarrollarse de acuerdo con etapas que les son totalmente impuestas, ese no es el caso de los sistemas constituidos por relaciones basadas en conflictos y rupturas y cuyo desenlace es radicalmente incierto.

Por su carácter básicamente estático, el concepto de equilibrio a escala internacional, como lo señala Michalet (1976), niega tanto la posibilidad de una modificación en la división internacional del trabajo como la de un desarrollo desigual. Se comprende, entonces, la dificultad para interpretar el fenómeno del subdesarrollo en el marco del equilibrio económico general, como bien lo demuestra —entre otros— el examen crítico de este enfoque llevado a cabo por De Bernis (1975).

<sup>37</sup>En el balance que acaba de elaborar A. Lewis (1984) sobre el estado de la teoría del desarrollo la heterogeneidad de los países en desarrollo figura entre los principales interrogantes para los cuales no se dispone de una explicación convincente.

La persistencia del subdesarrollo en toda una parte del mundo es una prueba abrumadora en contra de la opinión más optimista implícito al enfoque evolucionista. Pero, en vez de dejar entrever una posibilidad de acercamiento respecto al mundo desarrollado, la agudización de la marginalidad de una parte significativa del Tercer Mundo en el último período, permite alimentar las inquietudes más pesimistas. Algunos podrán conformarse al percibir allí un argumento adicional respecto al carácter ilusorio de la búsqueda de un *graal igualitario* (Bauer, 1984). Pero no se trata de eso. Las desigualdades, las desaparidas entre naciones tienen raíces profundas que se remontan muy atrás en su historia. De por sí, el mantenimiento de las desigualdades entre los países no basta para incoar el proceso a la teoría del desarrollo. En cambio, lo que a nuestro juicio está en discusión no es sólo la violencia de las diferencias entre el Norte y el Sur, sino sobre todo la magnitud de las diferencias que se palpan en el propio Sur. De esta manera, mientras el Norte tiende a adquirir cada vez mayor homogeneidad, el Sur se ve, por el contrario, arrastrado por las fuerzas de la diferenciación.<sup>38</sup>

Al insistir en los conceptos de dependencia y de reproducción, los enfoques críticos han tenido el mérito de haber dejado al desnudo el carácter arbitrario de las hipótesis evolucionistas. Sin embargo, tampoco han tenido éxito en lo que se refiere a explicar la dinámica de la diferenciación del Tercer Mundo. Las separaciones tradicionales entre el Norte y el Sur —en base en las cuales era posible identificar en forma rigurosa la existencia de dos conjuntos relativamente homogéneos— ya no son admisibles. Al igual que los países desarrollados, ciertas naciones en desarrollo exportan productos manufacturados, participan activamente en los mercados financieros, acogen empresas multinacionales y hasta llegan a crear las suyas.

La desaparición de la frontera clásica entre el centro y la periferia, expresa una dinámica que los enfoques en términos de dependencia no pueden aprehender. En realidad ¿cómo explicar el surgimiento de un cierto número de potencias regionales en un

<sup>38</sup>Mientras que en el Tercer Mundo la diferencia entre un país rico y un país pobre puede fluctuar entre 1 y 150, en Europa, por ejemplo, la diferencia del nivel de vida entre Hamburgo, la región más rica, y la zona más pobre de Portugal, es de 1 a 10.

marco teórico en el que las relaciones con el exterior se perciban como obstáculos estructurales al desarrollo?<sup>39</sup>

De hecho, la idea de dependencia vehiculada por este enfoque hace pensar en los modelos deterministas de la física clásica, según los cuales los intercambios con el exterior conllevan necesariamente una pérdida de autonomía. Sin embargo, después de los descubrimientos del análisis sistémico es posible mostrar que no existe una *antinomía absoluta entre dependencia e independencia* (Morin, 1983). Por lo tanto, de allí se desprende que un sistema abierto puede conquistar su autonomía mediante la *dependencia* frente al exterior. Los intercambios con el entorno exterior no pueden pues considerarse como un factor que implica necesariamente un empobrecimiento interno. Por el contrario, el problema radica en la calidad de estos intercambios y en la capacidad de un sistema dado para convertirlos en un elemento susceptible de asegurarle una mayor autonomía, contribuyendo así a su expansión.

Por su parte, el concepto de reproducción no carece de ambigüedades del momento que se trata de hacer inteligibles las modificaciones a un sistema que está en movimiento. Por definición —como lo subraya Aglietta (1977)— el concepto de reproducción pone énfasis en el papel que desempeñan los procesos que permiten que continúe existiendo aquello que ya existe. Ocurre, sin embargo, que en un sistema sometido a la acción de fuerzas contradictorias no todo sigue existiendo. Y nada permite afirmar que la transformación sea una simple *deformación plástica* de relaciones cuya naturaleza estaría condenada a permanecer inmutable.

La incapacidad para comprender la lógica de la transformación de los sistemas está en el origen de las *desventuras de la dialéctica de la dependencia* (Cardoso y Serra, 1980).<sup>40</sup> La representación de la historia como reproducción interminable de relaciones de dependencia, de hecho impide la producción de una teoría de la dinámica, en función de la cual las economías que han estado sometidas a iguales restricciones externas, alcanzan hoy

<sup>39</sup>De allí surge la tesis que sostiene Frank (1972), según la cual los períodos de mayor desarrollo relativo de los países en desarrollo corresponden a etapas de relajación de sus relaciones con los países centrales. Por su parte Bauer (1984), no sin cierta ingenuidad, apoya una tesis totalmente opuesta.

<sup>40</sup>Este artículo de Cardoso y Serra produjo una respuesta de Marini (1980). Para un balance de esta polémica véase Arroyo (1980).

niveles de desarrollo que son hasta tal punto divergentes que considerarlas como parte del mismo conjunto se ha tornado cada vez menos pertinente. En el fondo, la principal debilidad de las teorías de la dependencia se deriva de una visión que excluye la noción de relaciones sociales, cuyos cambios determinan sin embargo la dinámica de la transformación de los sistemas. De allí surgen las dificultades para captar las diferencias entre países que poseen una industria relativamente poderosa y los que aún no han terminado las primeras etapas de la sustitución de importaciones, entre los que tienen aparatos de Estado bien constituidos y aquellos en los que éstos son sólo una caricatura entre países en los cuales existe un movimiento obrero antiguo y naciones en las cuales el proletariado no se ha aún constituido (Ominami, 1979).

Los avatares de la dialéctica de la dependencia ilustran la idea de que junto al subdesarrollo que experimentan los pueblos, existe también el subdesarrollo de las propias teorías. El enfoque de la dependencia y, con mayor razón, el del imperialismo —su fuente de inspiración— refleja una etapa obsoleta del proceso histórico (Lipietz, 1982) y no permite comprender el modo de aparición de todo lo que es nuevo en esta evolución. Así, si la lógica del imperialismo explica bien las características de la expansión internacional de las grandes potencias durante el período de *acumulación extensiva* y de *regulación concurrencial*, ella pierde sin embargo gran parte de su pertinencia con el paso a la *acumulación intensiva* y a la *regulación monopolista*. Lejos de superarse, el desfase entre las evoluciones reales y los supuestos teóricos experimentará más bien una nueva agudización con el surgimiento, en el último período, de un *sistema de economía mundial* que, sin duda, define *nuevas condiciones de análisis de las relaciones internacionales* (Bertin, 1981).

El así llamado enfoque de la *regulación*,<sup>41</sup> constituye un aporte significativo al estudio de la diferenciación de las economías nacionales y por esa vía proporciona herramientas preciosas para el análisis de los procesos de desarrollo y subdesarrollo.<sup>42</sup> Esta facultad deriva de las propiedades metodológicas asociadas

41 Ver capítulo I, sección 2, y nota de pie de página, para las referencias bibliográficas respecto a algunos de los principales trabajos que se vinculan a esta corriente.

42 En Ominami (1980), se hace un intento de interpretación de la dinámica de largo plazo de una economía subdesarrollada, en base al concepto de regulación.

al concepto de *regulación*.<sup>43</sup> En realidad, al introducir una noción de *temporalidad* (Aglieta, 1977) éste permite superar el universalismo de las interpretaciones que reducen la historia al *desarrollo implacable de un concepto* (Lipietz, 1982). Asimismo, la identificación del carácter *multiforme* de los factores que determinan los ajustes económicos en los distintos mercados conduce, en forma útil, a rechazar la idea que estos pueden reducirse a la acción de un mecanismo único (Benassy, Boyer y Gelpi, 1979). En el estudio de los problemas del subdesarrollo, la superación del reduccionismo economicista es particularmente fecunda. Como lo ha observado Hugon (1976), el capital en parte es capaz de reproducirse cuando están vigentes las leyes del mercado, pero es perfectamente incapaz de crear las relaciones sociales necesarias para su funcionamiento, las que sólo las instancias ideológicas y políticas pueden producir. A decir verdad, el desarrollo *es tanto y más una cuestión de tejidos que de órganos* (Pisani, 1984). Asimismo, el reconocimiento de una *jerarquía* en las relaciones y componentes que estructuran un sistema permite ir más allá de la idea de una simple interdependencia funcional (Aglieta, 1977) y de esta forma poner en evidencia la existencia de relaciones de subordinación. Por último, el concepto de regulación permite dar validez teórica a la hipótesis de la *transformación* de un sistema, ya sea como consecuencia de interacciones de sus partes constituyentes o por imposibilidad de tolerar las presiones que ejercen fuerzas externas (Delattre, 1977).

Si, desde el punto de vista de la organización de la economía mundial el enfoque de la regulación puede explicar el proceso de *fraccionamiento* de los espacios, por el contrario, parece menos apto para analizar su contrapartida; la dinámica de la *unificación*.<sup>44</sup> Habiendo evolucionado en el pasado en forma paralela, se plantea la necesidad de buscar las intersecciones posibles entre el enfoque de la regulación y el del sistema de la economía mundial con tanto más urgencia, cuanto que el vacío de la teoría se ha hecho demasiado evidente.

<sup>43</sup>Lógicamente, en el contexto de la aceptación francesa y no anglo-sajona del término la cual lo asimila a la noción más limitada de reglamentación.

<sup>44</sup>Como acaba de reconocerlo en forma explícita A. Lipietz (1984), en un artículo reciente.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- AGLIETTA M. (1977), *Régulation et crise du capitalisme: l'exemple des Etats-Unis*, Calmann-Levy, Paris.
- AMIN S. (1970), *L'accumulation a l'échelle mondiale*, Anthropos, Paris.
- (1973), *Le développement inégal*, Ed. de Minuit Paris.
- ANDREFF W. (1983), *Les multinationales hors la crise*, Sycomore, Paris.
- ANJARIA S.J.; IQBAL Z.; KIRMANI N. et PEREZ L.L. (1982), "Developments in International Trade Policy", *FMI Occasional Paper* N° 16, Washington D.C.
- ARROYO G. (1980), "A propos de la dépendance. Notes sur le débat Cardoso/Serra-Marini", *Amérique Latine* N° 4, oct.-dec., Paris.
- ATTALI J. (1980), "Tiers-monde et économie monde", *Tiers-Monde* N° 81, Janvier-mars.
- (1981), *Les trois Mondes; pour une théorie de l'après-crise*, Fayard, Paris.
- BACHA E. et DIAZ-ALEJANDRO C. (1983), "Mercados financieros: una visión desde la semi-periferia", in R. French-Davis (ed.) *Las relaciones financieras externas; su efecto en la economía latinoamericana*, Fondo de Cultura Económica, Mexique.
- BAIROCH P. (1972), *Le Tiers-monde dans l'impasse*, Gallimard, Paris.
- (1975), *The Economic Development of the Third World since 1950*, Methuen & Co. Ltd., Londres.
- BAUER P.T. (1984), *Mirage égalitaire et Tiers-monde*, Presses Universitaires de France.
- BERTIN G. (1981), "Les nouvelles conditions d'analyse des relations internationales. Quelques réflexions sur trois domaines d'étude". *Revue Economique*, vol. 32, N°2 mars.
- BLARDONE G. (1972), *Progres Economique dans le Tiers-monde*, Librairie Sociale et Economique, Paris.
- BONNEFOY P. (1984), *Endettement extérieur et financement du sous-développement*, These de Doctorat d'Etat, Université de Paris X-Nanterre.
- BRAUDEL F. (1979), "Civilisation matérielle, Economie et Capitalisme", Tome III, *Le Temps du Monde*, Armand Colin.
- CARDOSO F.H. et SERRA J. (1980), "Les mésaventures de la dialectique de la dépendance". *Amerique Latine*, N°1, Janvier-mars, Paris.
- CEPII (1983), *L'économie mondiale: la montée des tensions*, Economica, Paris.
- CHEMILLIER-GENDRAU M.; HUGON P.; DJURDJEVAC V. et HENRY J.-R. (1979), "La coopération internationale", in *Annuaire du Tiers-monde 1979*, Berger-Levrault.
- CORM G. (1982), "L'endettement des pays en voie de développement: origines et mécanismes" in J.C. Sanchez-Arnau (ed.) *Dette et Développement*, Publisud, Paris.
- COSMAO V. (1984), *Un monde en développement?* Les Editions ouvrières, Paris.
- DE BERNIS G.D. (1975), "Les limites de l'analyse en termes d'équilibre économique général" *Revue Economique*, vol. XXVI, N°6, novembre, Paris.
- DELATTRE P. (1977), "Quelques aspects de la régulation dans les systèmes de transformation" in, *L'idée de régulation dans les sciences*, Séminaires Interdisci-

- plinaires du College de France, Maloine S.A. Editeurs, Paris.
- ETRILLARD G. et SUREAU F. (1983), *A l'Est du Monde*, Fayard, Paris.
- FERRER A. (1980), "The Structure of the World Economy: Southern Perspectives" in E. Laszlo et J. Jurtzman (ed.) *The Structure of the World Economy and Prospects for a New International Economic Order*, Pergamon Press.
- FRANK A.G. (1972), *Capitalisme et sous-développement en Amérique Latine*, Maspero.
- GALBRAITH K. (1980), *Théorie de la pauvreté des masses*, Gallimard, Paris.
- GATT (1980), *Le commerce international en 1979-80*, Geneve.
- *Le commerce international en 1982/83*, et en 1983/84, Geneve.
- GODET M. et DE LA SAUSSAY P. (1984), *Rapports Nord-Sud: Mythes et Réalités*, roneo, Centre de prospective et d'évaluation, Ministère de l'Industrie et de la Recherche, Janvier.
- GREE R.H. (1976), "Aspects of the world monetary and resource transfer system in 1974: a view from the extreme periphery" in G.K. Helleiner (ed.) *A World Divided. The less developed countries in the international economy*. Cambridge University Press.
- GRJEBEINE A. (1980), *La nouvelle économie internationale*, PUF, Paris.
- GUILLAUME P. et DELFAUD P. (1976), *Nouvelle histoire économique*. Tome 2, le XX siècle. Armand Colin, Paris.
- HOBSBAWM E.J. (1977), *Histoire économique et sociale de la Grande-Bretagne*, Tome 2, De la révolution industrielle à nos jours, Seuil, Paris.
- HOSELITZ B.F. (1960), *Economic Growth in Latin America*, Stockholm.
- HUGON P. (1976), "Evaluation de la coopération entre pays à niveaux, de développement inégal: aspects théoriques", dans J. Touscoz, *L'évaluation de la coopération Nord-Sud*, Economica et les Presses de l'Université du Québec.
- KENWOOD A.G. et LOUGHEED A.L. (1971), *The Growth of the International Economy, 1820-1960*, George Allen and Unwin Ltd., Londres.
- KOTLER P. et SINGH R. (1981), "Marketing Warfare", *American Journal of Business Strategy*, hiver.
- LE MONDE DE L'ECONOMIE (1982), *La montée du protectionnisme*, 23 novembre, Paris.
- LEVINSON C. (1982), "Un monde qui change, doctrines nouvelles", *Forum du Développement*, décembre, Geneve.
- LEWIS A. (1984), "El Estado de la Teoría del desarrollo, Discours prononcé à l'occasion du 96ème anniversaire de l'American Economic Association", *Comercio Exterior*, vol. 34, N° 4, Mexique.
- LIPIETZ A. (1982), *La crise du fordisme périphérique*, série couverture orange N° 8225.
- (1984), *La mondialisation de la crise générale du fordisme*, CEPREMAP, série Couverture Orange, N° 8413, Paris.
- MARINI R.M. (1980), "Les raisons de la nouvelle idéologie du développement". Réponse à F.H. Cardoso et J. Serra *Amérique Latine* N° 1, avril-juin, Paris.
- MICHALET C.A. (1976), *Le capitalisme mondial*, PUF, Paris.
- MORIN E. (1983), "Peut-on concevoir une science de l'autonomie?" in *Colloque de Cerisy, L'auto-organisation. De la physique au politique*, sous la direction de P.

- Dumochel et J.-P. Dupuy, Seuil, Paris.
- OCDE (1977), *Comptes nationaux de l'OCDE*, Paris.
- OMAN C. (1984), *New forms of international investment in developing countries*, Center of Development, OCDE, Paris.
- OMINAMI C. (1980), *Croissance et Stagnation au Tchad: Eléments pour l'étude de la régulation dans une économie sous-développée*. Thèse de doctorat de troisième cycle, Université de Paris X-Nanterre.
- PALEOLOGUE E. (1980), *Les nouvelles relations économiques internationales*, PUF, Paris.
- PALLOIX C. (1982), *De la socialisation*, Maspero, Paris.
- PHILIPPE B. (1982), "Les préférences tarifaires généralisées de l'OCDE: un révélateur de l'inégal sous-développement". *Mondes en Développement* N°39, ISMEA-GORDES, Paris-Bruxelles.
- ROBINSON J. (1967), *Philosophie Economique*, Paris.
- ROSTOW W.W. (1960), *The Stages of Economic Growth*, Cambridge University Press.
- SANTA GADEA R. (1983), *Le capitalisme mondial: expansion internationale du capital ou structuration du système mondial comme approches théoriques*. Thèse de Doctorat de Troisième Cycle, Université de Paris X-Nanterre.
- VELLAS F. (1981), "La fonction de pays relais dans les échanges Nord-Sud. Le cas de la Côte-d'Ivoire". *Revue Tiers-Monde*, T. XXII, N° 85, janvier-mars.
- VINER J. (1953), *International Trade and Economic Development*. Oxford University Press.
- WALLERSTEIN I. (1974), *The Modern World System: Capitalist Agriculture and the Origins of European World Economy in the Sixteenth Century*, Academic Press, New York.